

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO IX. — NÚM. 426

Madrid, 22 de Marzo de 1928

PRECIO: 15 CÉNTS.

TEMAS DE CUARESMA

¿OBRAS DE AMOR O MÉRITOS?

A COSTUMBRADOS a juzgar a Dios por lo que nosotros somos, y atribuyéndole, por tanto, nuestros propios defectos, llegamos a creer, por nuestra ignorancia de su Palabra, que así como el hombre obra esperando recibir de sus semejantes algo equivalente a su acción, así también Dios no nos concede la salvación, si no es a cambio de algo que podamos hacer para ganarla. «Maestro bueno, ¿qué bien haré para poseer la vida eterna?», preguntó el joven rico a Jesús. «Señores, ¿qué es menester que yo haga para ser salvo?», preguntó el carcelero de Filipos a Pablo y a Silas. Hacer algo para que Dios nos dé la salvación es tratar de ganarla.

Seguramente que las personas que hicieron tales preguntas desconocían aquel mensaje de las Escrituras: «A todos los sedientos: Venid a las aguas... venid, comprad sin dinero y sin precio»; donde claramente se da a entender que la salvación del alma es gratuita. No es extraño, pues, que tales personas creyesen que había que hacer algo para merecer la salvación.

Lo que sí nos extraña es que la Iglesia romana, llamándose cristiana, lo enseñe también así, a pesar de que esta enseñanza es completamente opuesta a la de Cristo. La Iglesia romana enseña que el hombre puede presentar a Dios obras de

valor para merecer la vida eterna; y si esto fuese cierto, entonces el Evangelio de nada nos serviría. El punto central del Evangelio es el amor de Dios, manifestado por medio de Jesucristo; pero si el hombre puede hacer obras meritorias

El Evangelio nos presenta a Cristo como el Salvador de nuestros pecados. ¿De qué nos vale saberlo, si cada persona puede llegar a ser salvadora de sí misma? Cristo nos manda glorificar a Dios por nuestras buenas obras; mas si éstas nos

valen para alcanzar vida eterna, entonces la gloria es para el hombre. Tales consideraciones nos demuestran que el romanismo, con su doctrina de méritos humanos, es opuesto a la Palabra de Dios, que afirma que aun en nuestras mejores obras no hay el menor mérito, y son como trapos de inmundicia ante la presencia divina.

Puesto que el pecado es el que nos separa de Dios, lo único que el hombre tendría que hacer para merecer la salvación sería cambiar

por sí solo su naturaleza pecaminosa por otra que no lo fuese, y deshacer el pecado de su vida pasada; cosas imposibles para el hombre, y solamente posibles para Dios, que es el único que puede hacernos nuevas criaturas y borrar nuestro pecado con la sangre de su Hijo. El Evangelio es una buena nueva, porque nos dice que la salvación de nuestras almas, imposible de alcanzar por nuestros méritos, podemos obtenerla por la libre gracia de Dios, fuera del cual no hay quien salve.

La Iglesia romana enseña, además, que hay obras llamadas de supererogación,



LAS TIERRAS BÍBLICAS EN NUESTROS DÍAS (Fot. Boyer.)

El Mar Muerto: ribera norte.

para salvar su alma, ¿qué nos importa que Dios nos ame como un Padre? Aunque no nos ame, con tal que sea un Dios justo, es suficiente para dar la salvación a quien la ha merecido por sus obras. La gracia de Dios consiste en dar la salvación, gratuitamente, a personas que no la merecen. Desde el momento en que la merecemos, ya no hay gracia por parte de Dios. ¿Cómo, pues, enseñan las Escrituras que por gracia somos salvos? También éstas nos enseñan que el hombre no regenerado está muerto en sus pecados. ¿No nos cuesta trabajo creer que un muerto haga méritos para ganar la vida?

obras que sobran a aquellas personas que han hecho más de las necesarias para salvarse, y que constituyen un tesoro de méritos que la Iglesia guarda para distribuirlo a su gusto por medio de las indulgencias. Esto también es contrario a la Palabra de Dios, puesto que si por sus méritos nadie puede salvarse, mucho menos podrá con ellos salvar a otros, y las Escrituras nos mandan que no confiemos en méritos de hombres, sino solamente en los de Cristo, porque en ningún otro hay salud.

¿Quiere decirse con esto que, porque nuestras buenas obras no valgan para ganar la salvación, dejemos por eso de hacerlas? De ninguna manera. Cristo iba por todas partes haciendo bienes, y nosotros, como discípulos suyos, hemos de seguir sus pisadas, no para hacer méritos como Él los hizo y ganar nuestra salvación, sino en agradecimiento a lo que Él hizo para poderla conceder gratuitamente. Cristo nos manda hacer el bien; pero, en primer lugar, tenemos que recibir la vida que Él vino a darnos de balde, y una vez vivificados, será cuando estaremos en condiciones de seguirle y glorificar a Dios con nuestras obras. ¿Cómo han de ser éstas para glorificar a Dios? Inspiradas en su amor y no en el egoísmo de alcanzar méritos. El amor de Dios es el origen de sus buenas obras para con nosotros; ese mismo amor, que residirá en nuestros corazones, si Dios mora en ellos, ha de ser también el origen de nuestras buenas obras para con los demás. Cristo nos dice que debemos hacer el bien con nuestro prójimo, imitando al buen samaritano de la parábola. ¿Por qué ayudó éste al hombre maltratado por los malhechores? ¿Para alcanzar méritos? No, sino por misericordia; porque el amor de Dios residía en él. Lo que Dios apreciaba de nuestras obras es el amor con que las realizamos. Por eso Cristo alabó la ofrenda de la viuda; porque, aunque humilde, detrás de la ofrenda veía Él un corazón lleno de amor. Una sola obra de amor, aunque pequeña, vale ante Dios mucho más que todas las que el hombre pueda hacer para alcanzar méritos y gloriarse en ellas. Hay una leyenda oriental que sirve como ilustración de esta verdad: Un rey mandó construir un gran templo a sus propias expensas, sin consentir que nadie le ayudase en sus gastos. Una vez terminados los trabajos, mandó grabar su nombre en uno de los lugares más visibles del templo. Cuando llegó el día de la dedicación, en vez del nombre del rey, se vio grabado en su lugar el de una humilde mujer. Irritóse por esto el rey, y mandó que fuese traída ante él aquella mujer cuyo nombre había aparecido en el templo en lugar del suyo. Cuando ésta se halló en su presencia, le preguntó el rey que qué parte había tomado ella en la construcción del templo. «Ninguna», respondió la mujer. Se le dió un poco de tiempo para que recordase si había hecho algo, aunque fuese insignificante, y en-

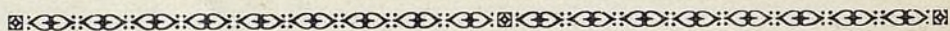
tonces dijo que un día, cuando pasaban por delante de su cabaña los bueyes que llevaban las grandes piedras para el templo, ella los vió rendidos por el calor y el cansancio, y teniendo compasión de ellos, les dió unos manojos de heno. Esta obra de amor con los pobres bueyes valió más ante Dios que todo el sacrificio del rey para ganar méritos.

No sabemos de ninguna obra de amor que haya redundado en perjuicio de nadie; en cambio, la historia del romanismo nos presenta innumerables ejemplos de personas que han martirizado bárbaramente a sus semejantes, creyendo que hacían servicio a Dios y méritos para su salvación. Una obra de amor puede ser desacertada; puede tener sus defectos;

pero jamás puede fundarse en la injusticia ni redundar en daño de nuestro prójimo.

Tenemos que glorificar a Dios con nuestras obras de amor como enseña Cristo, y no con méritos como enseña la Iglesia romana, desde el siglo XII en que inventó la absurda doctrina de los méritos humanos. Y los hombres glorificarán a Dios por nuestras buenas obras, cuando se den cuenta de que no las realizamos por nosotros mismos, sino que es Dios, morando en nuestro corazón, quien las realiza por medio de nosotros, y que son obras de amor, precisamente porque son de Dios, y Dios es amor.

MIGUEL BLANCO



LAS LÁGRIMAS DE JESÚS

«Lloró Jesús»
S. JUAN, XI, 35.

ESTE es el versículo más corto del Evangelio de San Juan. Jesús, el Hijo del Dios viviente, llamado por antonomasia la resurrección y la vida, puesto enfrente de un sepulcro donde yace un cuerpo exánime, se conmueve y llora. Parece algo contradictorio. Pero Jesús llora, no por Lázaro precisamente, puesto que sabe que Lázaro no está muerto, y aun cuando lo estuviera, Él sabría hacerle revivir; Jesús llora más bien al considerar el efecto desorganizador de la muerte sobre una raza creada para ser inmortal, una raza fustigada cruelmente por el dolor, dolor que hubiera podido ser evitado si el hombre no se hubiese rebelado en loca inconsciencia contra el Dios que el ser le dió.

¿En qué cosas más tristes pensaría Jesús, para que brotaran de sus ojos, aquellos ojos que tantas miserias habían visto, lágrimas candentes, solidarias de nuestra desventura! Jesús veía en Lázaro la luctuosa representación de la Humanidad caída, la paga del pecado, que es la muerte, reclamando con usura lo que le pertenecía, lo que era su legítima posesión: el hombre pecador, que por ser hecho a la imagen de Dios, al ser cautivo irredimible de la muerte, daba a Satanás el orgullo impio de presunto vencedor. No era sobre un hombre solo que Jesús lloraba, sino sobre nuestro desgraciado linaje, cuya suerte, mirada a través del pensamiento divino, no mueve más que a llorar.

Cuando Jesús entró triunfalmente en Jerusalem, aclamado por la muchedumbre, que, fuzamente entusiasmada, le vitoreaba diciendo: «¡Paz en el cielo (cuando era en la tierra donde faltaba) y gloria en lo altísimo!», llegando cerca, viendo Jesús la ciudad, lloró sobre ella. Sin embargo, la ciudad de Jerusalem era una ciudad bonita, y el panorama que

desde el monte de las Olivas se divisaba, encantador. ¿Qué, pues, había en aquella dorada colmena, en aquel hormiguero humano, que reclamase las lágrimas de Jesús? Jesús lo sabía. En aquella vasta necrópolis de Jerusalem había muchos, que sin estar dentro de ningún ataúd, no por eso estaban menos muertos que los que en el cementerio yacen. Jesús miraba las cosas de la tierra como ellas son observadas desde los cielos. Y lloraba y llora ante la invisible tumba de cada mortal, que cruza rápidamente lo que llamamos vida, cuando sin Cristo, esta nuestra vida no es más que una de las misteriosas variedades de la muerte. ¡Lázaro, ven fúeral, deja en la tumba tu pecado, es lo que dice a cada pecador la voz agonizante del Crucificado.

¡Tú, seas quien fueres, colocado en alguna fatídica celda de esta ciudad de la muerte sobre la cual vierte Jesús sus lágrimas; tú, seas quien fueres, en medio de este mundo por el cual Jesús ha derramado algo más que dolorosas lágrimas; tú, pecador, sal a la Vida y encamínate a la Luz! ¡Quita de tu demacrado rostro ese negro y tupido sudario que vela tus ojos, y verás ante ti a Jesús con los ojos arrasados en lágrimas, que te tiende las manos para ayudarte a salir de las tenebrosas regiones de la muerte! Jesús, que ha llorado por todos nosotros, sabiendo cuál es el amargo sabor del llanto, quiere salvarnos resueltamente de la muerte segunda, en donde Él mismo nos ha dicho que allí será el lloro y el crujir de dientes.

Deslizándose por las silenciosas aguas del Infierno la barca del Dante, fué detenida por un pobre desgraciado. Como éste apoyara sobre la proa su enigmático rostro, preguntóle el poeta: «¿Quién eres tú?». «Ya puedes verlo — contestó el interpelado —: yo soy, uno que llora». ¡Uno que llora! He aquí el nombre genérico de todos nosotros, pues que todos hemos llorado muchas veces. Todos hemos visto

con frecuencia nuestros más secretos sentimientos macerados por la rudeza de la vida; todos hemos andado alguna vez descalzos sobre los puntiagudos guijarros que el destino arrojó, despiadado, a lo largo de nuestro camino; y con el corazón estrujado por el dolor, cuando ya no podíamos seguir adelante, nos hemos desplomado de bruces para ocultar nuestras lágrimas a indiscretas miradas que nada hacían por remediar nuestra precaria situación.

Pero llorar no es siempre el lenguaje de los débiles. «Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla», nos dice la palabra santa, descubriéndonos el secreto de las lágrimas del buen sembrador. Poco sabe de la vida aquel que no ha llorado nunca. Llorar, y llorar por los demás, como hizo Jesús, revela un grado muy refinado de sensibilidad; afligirse por el interés espiritual de nuestros contemporáneos es participar del sufrimiento del Salvador, y éstas son lágrimas fecundas que devengan grande bendición. «Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán», nos dice el salmista. Dios, que ha contado nuestros cabellos, ha contado también nuestras lágrimas. Lo que más pronto atrae la atención de Dios sobre la tierra son las lágrimas de sus criaturas.

Llorar, además, es una singular facultad privativa del ser racional; es la más alta demostración de la existencia de nuestra alma. Los irracionales, en cuestión de llorar o reír, están en la más completa ignorancia, puesto que no se ríe ni se llora sino cuando se posee un alma. Nuestras lágrimas salen al exterior por mandato y conducto directo del alma. Llorar es también una buena manifestación de vida. Cuando un pequeño nace a este mundo sin llorar, hay peligro; los médicos se cuidan de sacudirle, a fin de que por los golpes recibidos pueda romper el llanto. Es, cuando llora, que sus pulmones se ensanchan y su sangre se pone en normal circulación, asegurando así el buen funcionamiento de su pequeño organismo. Esto explica por qué Dios permite a veces que nosotros suframos, no porque Él se complazca en nuestros sufrimientos, sino porque, por medio de nuestras lágrimas, estamos ejercitando facultades muy latentes, que corren el riesgo de quedar atrofiadas en perjuicio de nuestra vida espiritual, y porque lo que al presente es momentáneo y leve de nuestra tribulación, nos obra un sobremano alto y eterno peso de gloria. Hablando de los rescatados, leemos en el Apocalipsis, que ha de llegar un momento en que Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos. Esto nos consuela y despierta vivamente nuestro deseo de llegar pronto a la Canaán celestial, allí en donde los ángeles dirán de nosotros: «Éstos son los que han venido de grande tribulación»; allí en donde, según Job, los impíos dejan el perturbar, donde descansarán los de cansadas fuerzas; allí,

asimismo, reposan los cautivos; no oyen la voz del exactor. Es en el Cielo en donde encontraremos encerradas en las ánforas más preciosas de Dios aquellas lágrimas amargas con que hayamos regado, quizá copiosamente, nuestro paso por el mundo.

Jesús lloró, porque su alma vibraba al unísono de nuestras necesidades; porque sentíase conmovido por la insólita indigencia de aquellas almas que le rodeaban y que buscaban vagamente en Él, por no conocerle aún, un lenitivo que paliara sus dolores y subsanara sus inveteradas y especiosas ignorancias. Lloró Jesús; pero no como al pie de una tumba lloramos nosotros, lágrimas de impotencia y de desconsuelo; sus lágrimas fueron precursoras de un beneficio que había de pasmar a los que le acompañaban. Si Jesús hubiera llorado y nada más, sus lágrimas se hubieran confundido estérilmente con las de Marta y María y con las no tan sinceras de aquellas planideras mercenarias. Pero Jesús hizo algo más que llorar; Él resucitó a Lázaro, que era lo que más importaba en el asunto. ¿Por qué, entonces, lloraba Jesús, cuando sus lágrimas hubieran podido ser tan fácilmente evitadas? Éste es un paralogismo muy discutido, ya que en esto de llorar no podemos establecer reglas de ninguna clase; se llora espontáneamente cuando hay algo que lo motiva, y nuestra psicología emotiva apaga con frecuencia la voz de la razón. A una madre que llore su hijito muerto, ¿en nombre de qué razón humana querremos hacer cesar su llanto? ¿En nombre de qué conveniencia moral o material vamos a lograr que ella retenga sus irreprimibles lágrimas?

El llanto de Jesús, en aquella indeleble escena de la resurrección de Lázaro, tenía un móvil muy posterior a las circunstancias de aquel presente, puesto que sería muy poco congruente llorar por una persona dormida, y Jesús había dicho a sus discípulos: «Lázaro, nuestro amigo, duerme.» Jesús veía en el hermano de Marta y María a muchos Lázaros, no en estado de somnolencia, sino muertos; a muchos Lázaros, sordos absolutamente a su voz, y que si un día habían de salir de sendos sepulcros, sería a la voz aguda de la trompeta del Juicio Final, que les llamaría para revalidar, con la muerte segunda, su muerte corporal. Jesús veía en Lázaro el destino fatal de la mayoría de los mortales que, habiendo sembrado para la carne, de la carne iban a segar corrupción, porque la intención de la carne es muerte.

Jesús lloraba por lo que nadie de los allí presentes podía adivinar, y sus lágrimas, deslizándose por sus mejillas, intercedían ya por nosotros a la diestra de Dios Padre Todopoderoso. Nuestras lágrimas, cuando hay alguien que se apiada de ellas, nos evitan muchos sufrimientos; las de Jesús pedían, para nuestro bien, su misma condena. Jesús fué uno que lloraba, no para pedir misericordia

para sí, sino para pedirla para nosotros, aun cuando esta misericordia fuera al elevado coste de su vida. Fué en este sublime espíritu de sacrificio que lloró Jesús ante un Lázaro dormido, que bien pudiera haber estado muerto.

Y ahora, mis amigos, cuando nosotros lloramos pensando que nuestro dolor llena todos los horizontes conocidos, ¿no os parece que las lágrimas de Jesús fueron todavía más dolorosas que las nuestras? Era la torturante inquietud de incontables generaciones que se precipitan rápidamente a la muerte eterna lo que hacía llorar a Jesús; a nosotros, cualquier cosa, a veces desprovista de fundamento, nos hace llorar. Lloramos alguna vez por males imaginarios, por temores que nunca se cumplen, por contrariedades que no existen más que en nuestra febril imaginación, en nuestra calenturienta y exaltada fantasía. Desgraciadamente, tal vez nuestros pesares no son tan hipotéticos, y si más positivos; no obstante, consolémonos pensando que Jesús ha llorado por nosotros, y que Él no nos ha legado sus lágrimas, sino su gozo, el gozo aquél que Él quiere que nadie quite de nosotros.

Y, finalmente, Jesús lloró a causa de la muerte de Lázaro, de aquel Lázaro, no de Betania, que a la postre había de resucitar, y resucitar en el día postrero, sino que Jesús lloraba por las muertes que aquella cadavérica figura anquilosada, dentro de su ataúd representaba; por el pecador, que no revivirá jamás; por aquel pecador que no debe de hallarse entre nosotros, porque todos los evangélicos confiamos, para salvarnos, en la única cosa que puede salvar, que es la sangre del Cordero, que quita el pecado del mundo, por cuyo medio tenemos la certeza de entrar un día en aquel bendito lugar, en donde la muerte no será más ni habrá más llanto, ni dolor, ni clamor, porque las primeras cosas son pasadas.

JUAN GUINOT

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4

APARTADO 4024

Precios de suscripción:

Un año	8 pesetas
Seis meses.	4 »
Extrajero: Un año.	15 »
» Seis meses.	8 »
América: Un año	2 dólares
» Seis meses.	1 dólar

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.
Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

ADMINISTRADOR:

FERNANDO CABRERA

TELÉFONO 33.590



CRÓNICA



Acatólicos y pancristianos.

LA Encíclica *Mortalium animos* de Pío XI ha encontrado, como era de esperar, debida respuesta por parte de los más significados caudillos del movimiento en favor de la unión de las Iglesias cristianas. Entre estos caudillos, ninguno más prominente que el arzobispo de Upsala, Nathan Söderblom, que tan señalada posición ocupó en la Conferencia de Estocolmo y luego en la de Lausanna. Fué en la Conferencia de Estocolmo donde pronunció aquel sermón en que lamentaba la ausencia de Pedro en aquel concilio ecuménico. Pablo (las Iglesias de la Reforma) estaba presente; Juan (la Iglesia Ortodoxa) había concurrido también; Pedro (la Iglesia de Roma) se había hecho sordo a la invitación.

Pasemos por alto ahora que la Iglesia de Roma pueda reclamar la herencia del espíritu de Pedro, aunque para nosotros está tan alejada de Pedro como de cualquier otro de los apóstoles del Señor. Probablemente, el arzobispo de Upsala personificó las Iglesias cristianas, en diferentes apóstoles, como una figura cómoda y grácil. El hecho es que la respuesta de Pedro, del Pedro del siglo XX, tan diferente del Pedro de Galilea, ha desengañado a los más optimistas defensores de la unidad cristiana, no sólo en las Iglesias reformadas, sino aun dentro de la Iglesia romana, que también en ella los hay.

El arzobispo de Upsala recoge dos títulos que el Papa ha dado en su Encíclica a los que anhelan la unión de la Cristianidad: los ha llamado *acatólicos* y *pancristianos*. Eran palabras ya usadas antes, pero que ahora quedan revestidas de todo el prestigio que la Sede pontificia da a sus pronunciamientos.

Söderblom comenta estos títulos. Rechaza el de *acatólicos*, es decir, *no católicos*.

«Es la Iglesia de Roma — dice con razón — la que ha demostrado ser *no católica*, es decir, no universal.» Es ella la que levanta barreras, la que excluye a otros y la que se excluye a sí misma. No pueden ser tachados de *no católicos* los que desean la unión de todos los que aman al Señor Jesucristo en sinceridad, sino la Iglesia que insiste para tal unión en la sumisión de todos a sus propios dogmas, ritos y autoridad.

Pero el otro título, el de *pancristianos*, lo acepta muy cordialmente el arzobispo luterano de Suecia. «Entre el título de *pancristiano* (cristiano de todos los cristianos) y el de *católicorromano* (católico

sólo de Roma), la elección no es dudosa.»

Además, la palabra *pancristiano*, sin violencia de su etimología, puede muy bien significar «cristiano del todo». ¡Hermoso título, en verdad! «No nos hubiéramos atrevido a adoptarlo nosotros mismos por parecer demasiado alto; pero puesto que el mismo Papa nos lo da, lo aceptamos.» ¡Cristianos del todo! Es lo que el mundo necesita. Decía un padre de la Iglesia que, si la Iglesia de Cristo viviera un solo día como debía vivir, el mundo entero se convertiría aquel día antes de ponerse el sol. Si los cristianos fuéramos cristianos del todo, es imposible calcular los efectos que tal hecho produciría.

Cristo, en el cinematógrafo.

La película que ha obtenido éxito más completo e indiscutible en estos últimos meses ha sido *Ben-Hur*, una película basada en una novela renombradísima en los países de habla inglesa, pero no tan conocida (aunque estaba traducida al castellano hace tiempo) en España. El elogio que críticos católicorromanos han hecho de esta película es su espíritu reverente. La acción se desarrolla en los días que Cristo vivió sobre la tierra, y en parte alrededor también de la figura de Cristo. Y, sin embargo, la figura de Cristo no aparece nunca sobre la pantalla. A lo más, una mano que bendice a un enfermo y le da la salud; la figura, completa, no; el rostro, tampoco.

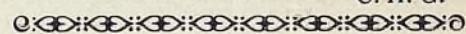
Probablemente, los espectadores religiosos de esta producción no se han dado cuenta de que esta reverencia que evita representar la figura de Cristo por el temor de cometer una profanación, es una reverencia protestante, si podemos llamarla así; es una reverencia propia del espíritu evangélico. La película ha sido en esto fiel a la novela en que está basada, novela de un autor protestante, cosa que, seguramente, ignoran los millares de lectores que la conocen por la versión española, publicada, precisamente, por una casa editorial católicorromana, el Apostolado de la Prensa.

Películas de asunto semejante, producidas dentro del ambiente que pudiéramos llamar católicorromano, presentan, sin reparo, la figura de Cristo, algunas veces aun en escenas que no han sido tomadas de la narración evangélica. En esto, el cinematógrafo no hace más que seguir, en cierto modo, la tradición de las imágenes y de los «pasos». Pueblos educados en tal ambiente, no encuentran impropia la representación material de escenas de la vida de Cristo. Es posible que, en algunos casos, reciban de tales representaciones una impresión saludable. No queremos condenar en bloque todo el sistema. Pero una cosa creemos

evidente y digna de ser tomada en cuenta, y es la superioridad innegable del espíritu protestante sobre el espíritu romanista. La reverente reserva que evita la figura de Cristo en *Ben-Hur*, produce en el espectador una impresión más honda de la suprema santidad del Salvador, que la que pueda conseguirse con una representación visible, por acertada que parezca.

Se dirá que con este criterio se condenan también todos los nobles esfuerzos del arte religioso; y en verdad que algunos sinceros cristianos llevan hasta ese punto sus conclusiones. Hay, sin embargo, una diferencia radical que separa las creaciones de un arte reverente de las producciones de un estudio cinematográfico. Las primeras son idealizaciones; las segundas son fotografías. Ante el Cristo de Velázquez nadie piensa en un hombre diferente; el pintor nos da la visión que él ha tenido del Salvador moribundo. Tales creaciones han ayudado a muchos a «dar realidad» a la figura de Cristo. Pueden ser útiles como paso para cosas mejores. El cristiano espiritual ha llegado a comprender que es imposible representar «la gloria del conocimiento de Dios, que brilla en la faz de Jesucristo».

C. A. G.



SEMANA SANTA

Siguiendo la costumbre de años anteriores, ESPAÑA EVANGÉLICA publicará un número especial con motivo de la Semana Santa. No tendrá anuncios, ni temas de Esfuerzo Cristiano y Escuela Dominical, ni novela, ni Información, ni crónica. Será un álbum de Semana Santa; un número de edificación; un regalo adecuado para las personas que en dichos días visitan las Iglesias evangélicas; un número que podrá ponerse en manos de todos los cristianos sin diferencia de secta ni de denominación.

Los trabajos más importantes que contendrá este número especial, serán:

Semana Santa (Claudio G. Marín).

La Ciudad conmovida (Daniel Regaliza).

El Cenáculo santificado (Jorge Fliedner).

La Cruz enhiesta (Fernando Cabrera).

El Sepulcro vacío (Wayne H. Bowers).

Lámina central.

Este número irá impreso a dos tintas y en papel especial. Pero ofrecemos a las iglesias que lo deseen una tirada de este número en papel corriente, dedicando toda la última plana al anuncio de sus cultos y escuelas. Estas tiradas no podrán ser menores de 500 ejemplares por anuncio de una misma Iglesia, y su precio será de 75 pesetas.

Los pedidos de tiradas de este número habrán de ser hechos a la mayor urgencia, y siempre antes del 29 de este mes.

Este número ha sido revisado por la censura.

INFORMACIÓN EVANGÉLICA



LA ESCUELA MODELO, DE ALICANTE

Conferencias de Cuaresma.

LA DE HOY. — A las ocho de la noche, en la iglesia del Noviciado, sobre el tema: «¿Qué hay más allá de la muerte?», por D. Salatiel Bernad.

LA DE MAÑANA. — En la iglesia de la calle de Calatrava, a las ocho en punto, sobre el tema: «Jesucristo y la religión del porvenir», por D. Carlos Araujo.

OTRAS CONFERENCIAS. — La semana próxima, del martes al viernes, dará una serie de conferencias en la iglesia de la calle de Beneficencia, el Dr. Aguirre de Zabala, con arreglo al programa que se publica en la última página de este mismo número.



Conviene recordar

que para los asuntos referentes al Hospital Evangélico de Madrid, hay que dirigirse al secretario del mismo, D. Fernando Cabrera, Beneficencia, 18, Madrid, 4.

Para los asuntos de la Alianza Evangélica, al secretario D. Julián Saco, Mendiábal, 61, Madrid, 8.

Para los asuntos de la Sociedad Bíblica, a su agente D. Adolfo Araujo, Flor Alta, 2 y 4, bajo, Madrid.

Y para los asuntos de la Sociedad de publicaciones religiosas, a su agente don Carlos Araujo, Flor Alta, 2 y 4, Madrid.

El dirigirse a cualesquiera otra persona, aunque sea de Madrid, entorpece la gestión y retrasa la respuesta. Haga siempre uso del medio más directo.



De Alicante.

Aquí estamos haciendo buena campaña durante la Cuaresma. El Sr. Albricias, a pesar de su edad avanzada, mantiene sus entusiasmos por la causa evangélica,

llevando, con sus hijos, la dirección del engranaje complicado de esta obra.

En Alicante hay la costumbre, cuando ha habido un muerto en la familia, de que parientes y vecinos se reúnan en la casa del difunto para rezar el rosario durante un novenario. Nosotros aprovechamos esta costumbre para tener reuniones familiares en las que se hace una meditación evangélica. Muchas son las personas que con este motivo han oído por primera vez el mensaje de salvación.

En los cultos de los jueves, después del estudio bíblico acostumbrado, solemos hacer proyecciones luminosas. En estas semanas pasadas se han exhibido hermosos cuadros sobre la vida de Jesucristo, Antiguo Testamento, paisajes y vistas de Palestina, la vida de Lutero y la de Calvino. Todas ellas acompañadas de interesantes explicaciones que dan realce a las veladas y sostienen el interés del numeroso auditorio.

La Escuela Dominical sostiene su auditorio durante esta estación invernal alrededor de 700 niños y niñas.

El día 8 de Marzo, el pueblo alicantino conmemora todos los años el triste acontecimiento de 1844, en cuyo día y año fueron fusilados 24 ciudadanos por su amor a la libertad.

El señor alcalde invita a los alicantinos a acompañarle en manifestación cívica a depositar una corona al pie del monumento levantado a los Mártires de la Libertad. Nosotros, la Escuela Modelo evangélica, como buenos alicantinos que somos, nos asociamos de todo corazón al homenaje oficial, y los 500 alumnos de nuestra escuela, en formación de a cuatro, marcando el paso al son de los tambores, formamos la parte más vistosa y simpática del cortejo.

La joven orquesta, en su mayor parte

formada por antiguos alumnos de nuestra escuela, continúa con entusiasmo acompañando el canto de nuestros himnos y tocando algunas piezas antes y después del culto, que un coro de niños contribuye a embellecer.

El número de personas que asisten a nuestros cultos va en aumento, lo que nos obliga a adquirir mayor número de asientos.

¡Quiera Dios continuar bendiciendo la labor de los colaboradores de este centro evangélico para bien de Alicante. — A. Z.



Carta abierta.

14 de Marzo de 1928.

Sr. D. Fernando Cabrera.

Madrid.

Mi distinguido amigo y hermano en la fe:

La necesidad de una casa propia donde poder acomodar dignamente nuestra obra con sus numerosas escuelas, se ha dejado sentir tan fuertemente para nosotros, especialmente en el año pasado, cuando a causa de no encontrar local adecuado estuvimos en gran peligro de cerrarla, que, confiados en nuestro Padre celestial, nos atrevimos a comenzar un *fondo de edificación*, en favor del cual ya hemos hecho en Sevilla un gran esfuerzo.

Últimamente, como ya sabe usted, Dios ha querido bendecir nuestro proyecto haciendo que la Conferencia anual de la Iglesia Metodista Episcopal de Francia tomara el acuerdo de celebrar en el próximo «Domingo de Ramos» colectas a favor de nuestro fondo.

Estamos seguros de que la simpatía, las oraciones y la ayuda material de otros hermanos que conozcan nuestra situación, no nos han de faltar.

Sevilla, que tantos encantos ofrece a sus visitantes, conserva para nosotros, como evangélicos, emociones inefables en las páginas de su historia. Podemos sentir en las galerías del derruido anfiteatro de Itálica los gemidos y las oraciones de los primitivos cristianos; en el monasterio de San Isidro del Campo la emoción de la vida heroica de los *reformistas* del siglo XVI, y aun el viejo púlpito gótico de nuestra capilla dice a sus visitantes la historia, no menos interesante, de la *segunda Reforma*, en la cual su ilustre padre, de santa memoria, tuvo tanta parte.

Por medio de ESPAÑA EVANGÉLICA queremos invitar a todos los cristianos de buena voluntad a que nos ayuden en nuestro firme propósito de levantar en Sevilla una casa a la gloria de Dios. «Más bienaventurado es dar que recibir».

Deseando que Dios bendiga a usted y a su obra en España, me reitero suyo afectísimo amigo y hermano en Cristo. — Patricio Gómez.

ESPAÑA EVANGÉLICA publicará muy gustosa, en la sección correspondiente,

los donativos que se envíen para la iglesia de la Santísima Trinidad, de Sevilla.



Inauguración de un nuevo local.

El día 15 de los corrientes tuvo lugar en Asquerosa (Granada) la inauguración del nuevo local destinado a culto. Saben los lectores de ESPAÑA EVANGÉLICA que esta casa-misión fué donada por Mrs. M. Y. Radcliffe, distinguida dama inglesa, quien no se ha limitado a esto sólo, sino que ha continuado ayudándonos muy generosamente. Como la afluencia de personas a los servicios religiosos era cada vez mayor y el local primero resultaba insuficiente, dicha dama quiso resolver esta dificultad concediéndonos un donativo para la edificación de un salón capaz de contener unas 200 personas.

Al acto de la inauguración asistió el pastor de Granada D. Joaquín González y algunos miembros de la iglesia evangélica de dicha ciudad.

El nuevo salón vióse completamente lleno de público, que escuchó muy atentamente los discursos que con tal motivo se pronunciaron, y todos nos regocijamos de poder reanudar de nuevo nuestros cultos en dicho pueblo, que tiene hambre y sed de justicia.

El pastor de Granada, que traía los saludos de Mrs. Radcliffe, pidió a la concurrencia que manifestasen, levantando sus manos, el agradecimiento a tan querida hermana, y todos con sumo regocijo expresaron de esta forma sus cariños, los más cristianos, que desde estas columnas transmitimos a Liverpool a dicha señora y a los hermanos de Sun Hall, con quienes vínculos de sincera simpatía nos han unido en nuestro reciente viaje.

Que Dios bendiga su obra y la predicción del evangelista D. José García Fernández para que muchos que hoy andan en tinieblas conozcan la luz del Evangelio y sintiéndose pecadores acudan a Cristo, donde encontrarán la paz de sus conciencias, que ha de darles la corona de la vida. Muy sinceramente felicitamos a la congregación de Asquerosa. — G. M.



SECCIÓN FINANCIERA

Cuentas del Hospital Evangélico. — Recaudación del mes de Febrero de 1928. — Madrid: Padillas, 2 pesetas; H. Díez, 2; E. R., 3; R. P., 3; G. Pastor, 1; A. Molina, 1; F. Orejón, 2,50; Misión Evangélica Inglesa, 25; R. Linares, 1; A. Huelves, 0,25; O. E. M. Blanco, 75; M. Mota, 2; J. González, 2; H. Wohrle, 2; señora Struch, 5; C. y D. Reverte, 2; A. Araujo y señora, 5; F. Rubio, 2; A. Barranco, 1; J. Moreno, 1; T. Díez y esposo, 5; M. Martinzán, 0,50; C. A. García y señora, 3; F. Fernández, 3; S. Tranco, 1; señora de Wood, 5; A. Sierra, 1; A. Machimacher, 2; señor Loewe, 2; A. Guera, 1; F. Hillers, 2; señor Carcumers, 2; familia de H. García, 90; V. Huelves, 1; P. y S. Rojo, 2; M. Roches, 25; A. G. N., 2,50; una enferma agradecida al Señor que le proporciona medios de curación, 5; J. Moldes, 1; C. Guijarro, 2,50; G. Rodríguez, 1; J. Marin, 1; M. Vigil, 1; L. Villar, 2; M. Molina, 1; B. Jordán, 1; J. Nieto y familia, 5; L. Albares, 2; A. Rojas, 1; J. García, 5; N. Fernández, 2.

Vigo: Por conducto de P. Núñez, F. Pérez, 3; C. Prieto, 3; P. Núñez, 3; S. Prieto, 2,50; M. Agulla, 2;

E. Hernández, 1; J. Gallego, 1; J. Gallego, 1,50; S. Prieto, 0,50; J. Martínez, 5; uno que ora por la prosperidad del Hospital, 1.

Santander: Iglesia evangélica, 15; R. C., 5.

Oviedo: F. Tornadillo, 10.

Jaca: Asamblea de id., 12,50; L. López, 12,50.

Castellón: Plácida, 1,50; Besalduch, 1; Sales, 1;

Dolores, 2; M. Pérez, 5; I. Rodríguez, 5.

Algodor: L. Ruano, 3.

Albacete: T. Sáez, 10.

Muchas gracias a todos los donantes.

RESUMEN

Total de lo recaudado en el mes 422,25
Balance del mes anterior 876,19

TOTAL 1.298,44

Total de lo gastado en el mes 508,77
Balance actual en Caja 789,67

Madrid, 29 de Febrero de 1928. — Enrique Lindgaard.



REGISTRO

Bautismo. — Iglesia Evangélica Española, Santa Amalia, Badajoz. El lunes 12 del corriente fué bautizada la niña Irene, hija de D. Catalino Díaz, maestro evangelista, y de Doña Irene Martínez. Fueron padrinos D. Jacinto Cillán y Doña María Navas. Al acto asistió numeroso público.

A todos nuestra más cordial enhorabuena.

Matrimonio. — Iglesia Bautista de Alicante. El 26 de Febrero contrajeron matrimonio, después del acto civil, los jóvenes Juan Grau e Inocencia Perendones. El pastor, don L. H. Ponzoa, les exhortó a una vida pura y santa, bajo la dirección del Señor Jesucristo.

Felicitamos a los nuevos esposos y les deseamos perenne felicidad.

Fallecimientos. — Iglesia Bautista de Alicante. El día 1 de Marzo voló al cielo el niño Carlos, hijo de Carlos Sánchez y de Rosa López, miembros de esta iglesia.

— Iglesia Evangélica Española, Jerez de la Frontera. El 11 del actual durmió en el Señor, a la avanzada edad de 84 años, D.^a Jerónima Núñez Robles. El culto fúnebre en la casa y el sepelio en el Cementerio civil estuvieron muy concurridos, manifestándose la profunda estimación en que era tenida esta hermana.

— Iglesia de Jesús, Calatrava, Madrid. El 14 del actual falleció el joven D. Manuel Blanco Ferrer, hermano del profesor de la escuela evangélica de Córdoba, D. Miguel. El sepelio se verificó al día siguiente en el Cementerio civil de esta Corte.

— Iglesia Evangélica Metodista, Clot, Barcelona. Víctima de rápida enfermedad durmió en el Señor, el día 12 del corriente, D.^a Antonia Domech Zaragoza, viuda de Mir, miembro comulgante de esta iglesia. El sepelio tuvo lugar el día siguiente en el Cementerio civil.

Que el Señor derrame abundante consuelo en nuestros hermanos que lloran la pérdida de seres amados.



NUESTRA ESTAFETA

S. V., Valdepeñas. — Hemos enviado todos los números de este año al nuevo suscriptor en Úbeda. Mil gracias.

Th. B., San Diego. — Le hemos remitido todos los números publicados desde primero del año actual.

Queda usted suscrito hasta fin del próximo Mayo. A. M., Lapeñilla. — Efectivamente, se recibió su giro en el pasado Octubre. Pero al no indicarnos nada, creímos iría destinado al Domingo de la Prensa. Se le han remitido los números que le faltaban.

F. L., Puerto de Santa María. — Recibido su giro. Remitidos los ejemplares desde el 16 del pasado Febrero.

E. C., El Bosque. — Se recibió su giro.

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA

Esfuerzo Cristiano

Venciendo obstáculos.

Dom. 1.^o de Abril. 2.^a Cor., 12, 7-10; 10, 10.

Lecturas diarias.

Lunes . . . Enemigos Hech., 9, 23-25,
Martes . . . Una acusación falsa . . . Hech., 19, 23-27,
Miércoles . . . Obrando con trabajo y fatiga 2.^a Tes., 3, 6-12,
Jueves . . . Pobreza y persecución . . . 1.^a Cor., 4, 9-13,
Viernes . . . Gloriándose en flaquezas 2.^a Cor., 12, 5 y 6.
Sábado . . . Por amor de los hermanos Rom., 9, 1-5.

Sugestiones.

Las referencias para la lectura diaria son breves y muy útiles para comprender el asunto; de modo que pueden emplearse muy provechosamente los primeros quince minutos de la reunión en la lectura de dichos pasajes por varios miembros, intercalando entre cada dos o tres algunos himnos adecuados. Explíquense brevemente algunos de los obstáculos de Pablo, y pídale después a los miembros que cuáles piensan ellos ser sus obstáculos, y digan los mejores medios de vencerlos.

También será útil citar ejemplos de personajes históricos o de hombres de la actualidad que han vencido noblemente sus obstáculos.

Ilustraciones.

¡Cuán necesarios nos son los obstáculos en todos nuestros esfuerzos hacia el progreso! El águila, en su atrevido vuelo hacia el cielo, no podría elevarse sobre la tierra si cada golpe de sus alas no encontrara resistencia en el aire que la rodea. Y lo mismo sucede con las avesillas que llenan el aire de música y de alegría. Las alas, grandes o pequeñas, tienen su valor según la resistencia que encuentran, y por lo cual consiguen su vuelo.

Las aves, como los hombres, pueden caer por su propio peso, con grave daño suyo. Pero si usan las alas que Dios les ha dado para progresar y aspirar a cosas más altas, tienen que hacerlo resistiendo y venciendo oposición. ¿Agradecemos lo bastante la oposición que encontramos como un auxilio para progresar en la vida?

Temas para pensar.

¿Qué obstáculos deben esperarse en la vida cristiana? ¿Cómo debemos considerar todos nuestros obstáculos y debilidades? ¿Cómo nos pueden ayudar el estudio de la Biblia y la oración a vencer nuestras dificultades?

Pensamientos.

Las palabras de Mardoqueo a Esther fueron causa de que ésta, venciendo su debilidad momentánea, fuera al rey y salvara a su pueblo. Una palabra alentadora hace vencer grandes obstáculos. Anón.

Mediante la fe y la oración se vencen todos los obstáculos. — Anón.

Los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien. — San Pablo.

(Continúa en la página 96.)



(Continuación.)

Berthelie permaneció quieto, escuchando, hasta que cesó, el rumor de las pisadas del caballo, y después se entregó a sus meditaciones, diciendo para sí: «¡Bendito sea el muchacho! ¡Qué hazaña tan maravillosa ha llevado a cabo! ¡La idea es magnífica! Y su manera de ponerla en práctica, osada y audaz, es increíble. ¿Pero qué dirá maese Calvino? ¿Qué dirán los síndicos? ¡Qué necio debe ser el joven Lormayeur para no cuidar mejor de sus propios intereses! Si hubiera estado en su lugar el zorro de su padre, la engañifa no hubiera sido tan fácil, pero con ella se ha salvado Gabriela... y podré verla otra vez.» Y antes de que el pobre anciano se apercibiera de que estaba llorando, vió que le caían las lágrimas.

Sus pensamientos recayeron después en sí mismo; todo lo que le había ocurrido desde que salió de Ginebra, pasó por su mente, ordenada y sucesivamente. Recordó el recibimiento cortés y hasta cordial de Filiberto Berthelie y de su amigo y patrón Ami Perrin, y el ofrecimiento hecho por el primero de buscar los fondos que necesitaba. «¿Conque eso es lo que necesitas, querido primo? — le había dicho el jefe de los libertinos —. Dinero, dinero, como todo el resto de los mortales. Pues bien; no lo tengo. ¿Cuándo, dime, cuándo ha tenido siquiera un escudo de sobra un Berthelie? Tengo, sin embargo, algún crédito, y mi buen amigo Perrin tiene más. No dudes que entre los dos podremos conseguir que tu lindísima paloma lleve las alas bien doradas. Me ocuparé al instante del asunto, y hablaremos de él antes de cenar, mientras tú y yo vaciamos una botella de vino de Beaume a la salud y felicidad de la hermosa viajera. ¿Quién habla de devolución? Ya nos lo devolverá la señorita cuando entre en posesión de su herencia.»

La expresión de Filiberto al hablar así recordó a Berthelie su ilustre padre, para quien él había sido en otros tiempos lo que había sido Jonatán para David. Y ahora que Berthelie, tendido en la choza, pensaba en lo ocurrido, sus lágrimas se convertían en chispas de fuego al comprender que su primo había jugado

con su debilidad, porque necesitaba un emisario, como él, para concertar con sus cómplices de Ginebra sus traidores designios.

Después vino el banquete, la orgía, preguntándose Ami Berthelie si en su juventud había podido tomar parte en escenas semejantes y gozar de ellas. ¿Había apurado su vaso, más a menudo de lo que quería recordar, bebiendo hasta la última gota? ¿Había asentido a los brindis, y qué brindis en muchas ocasiones, con gritos y golpes ruidosos en la mesa con el mango de su cuchillo? ¿Había sazonado sus tragos con juramentos, canciones y bromas, de que se avergonzaba a la sazón, él, que se había constituido en tutor y guardián de la inocente juventud de Gabriela? Tales espectáculos eran ahora tan aborrecibles a sus gustos como a sus principios. Después de circular con profusión el vino fuerte, brindaron por las libertades de Ginebra, diciendo Filiberto que sabía cuán cordialmente había de honrar su primo aquel brindis. Explicó que se refería a las verdaderas libertades, no a las que sólo tenían el aspecto de tales, que sólo significaban un cambio de tiranos. ¿Eran acaso mejores los ministros que los sacerdotes y obispos?

Intervinieron todos, denunciando los detestables defectos del nuevo régimen, y arrojando sobre Calvino o «Cain», como le llamaban, y sobre sus partidarios y patrocinadores, maldiciones que, sin ser muy violentas, fueron dichas a gritos, con voces enteras. Siguiéron a esto guiños y señales, alusiones vagas y murmullos misteriosos. «Va llegando el tiempo, amigos míos; viene ya.» «Pronto veremos grandes cambios... y muchas frases por el estilo de éstas. «Pero hemos de tener prudencia» — observó alguien que estaba más sereno que los demás, lanzando a Ami una ojeada, y Filiberto, que había ahogado en su vaso la poca precaución que solía tener, puso una mano sobre el hombro de su primo, diciendo al mismo tiempo: «No desconfiéis. ¿No es por ventura un Berthelie? Es buen amigo nuestro y va a ayudarnos.»

Y, entre vaso y vaso de vino, explicaron a Ami Berthelie lo que esperaban de él y el mensaje que debía llevar a Ginebra. Filiberto volvería, capitaneando una vez más a los pescadores y marineros; Daniel y los demás prisioneros saldrían de la cárcel y se unirían con ellos, y entre todos levantarían la ciudad, matando u obligando a huir a los franceses y poniendo término al reinado de los santos. El mismo Filiberto Berthelie, tan descuidado como era, no habría expuesto sus

designios tan franca y completamente a no haber estado ebrio.

Ami escuchó horrorizado. Había conseguido con gran dificultad evitar el exceso; pero la fuerza del vino que se había visto obligado a beber, habiendo perdido ya la costumbre, agitó su sangre y le calentó el cerebro. Y cuando el hijo del héroe y mártir de Ginebra encontró frases para proponerle, a él, que había compartido sus sufrimientos, que entregase a Ginebra y la destruyera, su alma entera ardió en fuego. Con desdenosa indignación, que no se cuidó de reprimir ni disimular, desechó la vil propuesta, no siendo, por lo tanto, de extrañar que la rabia respondiera al desdén, porque, aun sin darse él cuenta, sus palabras quemaban y mareaban como el vitriolo. Oyéronse voces de enojo, manos amenazadoras tocaron el puño de las espadas, y un joven libertino, completamente ebrio, le tiró al rostro un vaso de vino, obligando a otro a contenerle, diciéndole al mismo tiempo: «Has hecho muy mal, Jacquot: si el señor Ami Berthelie pide satisfacción, estará en su derecho.»

— Indudablemente, ese caballero sabe que, siendo cojo, no puedo batirme — dijo Ami Berthelie, levantándose y dirigiéndose a la puerta, después de hacer un cortés gesto de despedida al señor Perrin.

— ¡Detenedle! ¡Detenedle! — fué el grito unánime, y todos se pusieron en pie, diciendo unos una cosa y otros otra, aunque el sentido de todas era el mismo —. No puede marcharse; sabe demasiado. Filiberto le detuvo, rodeándole los demás. Ami levantó el brazo para retirar a su primo, brilló la espada de Filiberto y un instante después estaba teñida en la sangre de Ami. Hubo una contienda. Ami, próximo a desmayarse, no podía decir lo que había ocurrido, salvo el creer que lo estaban despedazando, hasta que, al fin, alguien, el joven que había reprendido a Jacquot, abrió la puerta, y le dijo: «Marchaos, marchaos, si no queréis que os maten.»

Berthelie recobró los sentidos al hallarse fuera, al aire libre, y, sentándose, meditó sobre lo que debía hacer. Mientras pensaba dónde podría estar su cabalgadura y cómo podría arreglarse, herido como estaba, para volver a Ginebra, a caballo, vió moverse la puerta, y creyendo que los locos que estaban dentro iban a salir, huyó, alentado por el temor, hacia Pregny. En el camino encontró a un labrador que trabajaba en las tierras de Perrin, y le dijo que era un ginebrino, que había ido a ver a su amo para asunto de negocios, pero que habiéndole ocurrido un accidente quería volver cuanto antes a su casa por el lago. El labrador lo llevó a su casa, le vendó la herida de modo tosco, y le dijo que un hermano suyo, pescador, iba a Ginebra aquella misma noche. ¿No podría el señor llegar, con su auxilio, hasta la playa y entrar a bordo de la embarcación pesquera? El

deseo ardiente de Berthelie era llegar a Ginebra y referir lo ocurrido, aunque muriera después instantáneamente, y por esa razón su espíritu prestó energías a su cuerpo para aquella tarea. Su disgusto no tuvo límites cuando el pescador, encontrando camaradas con los cuales quería marcharse, rompió el convenio y desembarcó a su pasajero en territorio saboyano, casi tan distante de la ciudad como Pregny. Enfermo, febril y sufriendo mucho a consecuencia de la herida, se encaminó como pudo a la choza de Babet, dando gracias cuando pudo tenderse en su camastro para morir, como se dijo a sí mismo.

Pero no fué muerte, sino vida, la que inundó su alma cuando Norberto se separó de él en las primeras horas del amanecer. Volvió a sentirse solo, porque la presencia de la pobre Babet no le sentía, aunque tal vez le daba una sombra de compañerismo humano, evitando que la soledad se convirtiera en desolación, y, además, podía dormir aún muchas horas, puesto que apenas empezaba a romper el alba.

Sus pensamientos volaron, retrocediendo a tiempos lejanos ya, cuando se hallaba en los calabozos de Peney, donde había estado enfermo, sufriendo dolores y amarguras, como le ocurría a la sazón, y hasta llegó a decirse que aquellos tiempos fueron mejores, puesto que, aunque había perdido la fe en muchas cosas, la conservaba en una: en la libertad, creyendo que el hacer libre a Ginebra valía la pena de sufrir y morir. Pero, a la sazón, había vivido bastante para ver libre a Ginebra sin que hubiera mejorado su situación. ¿Significaba acaso libertad el gobierno de un Consistorio compuesto de pastores y ancianos fanáticos, sujetos al capricho de un francés sagaz y ambicioso, que se había sacudido del yugo de Roma para imponer en su lugar el suyo propio? Sabía, sin embargo, que la caída de Calvino y de los santos, sustituidos por Filiberto Berthelie y los libertinos, no implicaba en manera alguna libertad. No; este último error sería peor que el primero. «He dado mi vida por evitarlo — se dijo —, y no me pesa.»

«¿Es que lamento algo de lo pasado?» — pensó después —. «No, nada en absoluto, considerando las cosas sustancialmente; pero tomadas en conjunto, lo lamento todo. ¿Qué beneficios ha reportado mi vida a mí mismo o a otros? Cuando sea juzgado, lo mejor que podrán decir de mí será: «Dos veces en su vida pudo hacer daño, y en ambas ocasiones se negó a ello con perjuicio propio». ¿Y qué es eso para que sea lo mejor que pueda consignarse de un hombre durante su vida?

(Continuará.)

Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA

oooooooooooooooooooooooooooo

Conferencias de Cuaresma

en la

Iglesia del Redentor

Beneficencia-Madrid.

Del 27 al 30 de este mes.

Tema general:

Las cuatro negaciones modernas.

Martes 27:

La inmortalidad del alma, negada por el materialismo.

Miércoles 28:

La Biblia, negada por la razón científica.

Jueves 29:

La necesidad de la fe cristiana, negada por el progreso.

Viernes 30:

El magisterio de Cristo, negado por el orgullo humano.

Orador:

Rdo. José M. Gorría

A las ocho en punto de la noche.

Las Conferencias irán precedidas de Ejercicios devocionales.

oooooooooooooooooooooooooooo

(Continuación de Esfuerzo Cristiano.)

Sociedades infantiles.

Ananías y Safira.

Dom., 1.º de Abril.

Hech., 5, 1-6.

La hipocresía es un mal muy común entre los niños. Alguien creará que Dios castigó con mucha severidad a este matrimonio; pero debemos recordar que en la primitiva Iglesia de Jerusalem había mucho fervor y mucha sinceridad, y Dios no quería que hubiese un Acán en Israel cuando este pueblo estaba poseído de un espíritu de obediencia. Hoy obra Dios de otro modo, porque las circunstancias han cambiado. Pero quiere enseñarnos con estos ejemplos que la hipocresía será castigada, aunque Dios hoy la tolere.

oooooooooooooooooooooooooooo

Escuela Dominical

Jesús el Mesías doliente.

1 de Abril.

Marc., 8, 27-38.

TEXTO ÁUREO: *Cualquiera que quisiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.* — Marcos, 8, 34.

El horizonte se cubría de nubes anunciadoras de la furiosa tempestad que iba a descargar sobre la cabeza de Jesús. Las autoridades religiosas del pueblo judío arreciaban cada vez más en su oposición. Las multitudes, por otra parte, no habían reconocido a su Mesías; a su Señor. Des-

pués del discurso de Jesús en la Sinagoga de Capernaum acerca del pan de vida, muchos de los que se llamaban discípulos suyos le habían abandonado (Juan, 6, 66). Los versículos 17 y siguientes nos refieren uno de los ataques de los fariseos y saduceos, que pedían señal del cielo; la respuesta de Jesús indica cuán profundo era el abismo que separaba de él a aquella «generación mala y adúltera». De aquel campo de controversia y lucha Jesús se retira por unos días con sus discípulos, buscando lugares más tranquilos. Cruzan el Jordán en Betsaida, cerca de su entrada en el mar de Galilea, y ascienden por el lado oriental de aquel río hasta los términos de Cesarea de Filipo (o de Felipe), ciudad restaurada por Felipe, en honor de Tiberio, cuando recibió del emperador romano su tetrarquía (Luc., 3, 1), situada en una región fértil y pintoresca en las estribaciones del monte Hermón.

Es el tercer año del ministerio público de Jesús; faltan sólo seis u ocho meses para la cruz, y Jesús quiere preparar a sus discípulos para aquella terrible crisis que su fe había de atravesar.

«¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?» Las varias ideas que corrían entre el pueblo acerca de Jesús revelan dos cosas: 1.º Todos reconocían que Él no era un hombre común, sino un mensajero de Dios, como lo habían sido los antiguos profetas. 2.º El pueblo, a pesar de su admiración, no le había reconocido como su Mesías. La realidad no correspondía al ideal que ellos tenían del Mesías, como un caudillo valeroso al frente de un ejército brillante.

«Y vosotros (el vosotros es enfático en el original), ¿quién decís que soy?» Vosotros tenéis más motivos para conocerme bien, porque vivís conmigo en relación íntima y constante.

El carácter impulsivo de Pedro le llevó a ser el portavoz de todos los discípulos, diciendo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente»; palabras que, eludieran llamarse «el primer credo cristiano», la primera confesión de fe.

En esta ocasión comenzó Jesús a enseñar a sus discípulos cuál era el verdadero carácter de su misión. Había venido para sufrir y morir por los hombres. El plan de la redención trazado por Cristo era tan sombrío y triste para Pedro, que le hizo caer en el atrevimiento y presunción de reprender y querer disuadir a su Maestro. Sin darse cuenta de ello, Pedro era entonces un instrumento de Satanás; sus palabras eran una nueva forma de la tentación del diablo en el desierto, porque se proponían apartar a Cristo del camino de la humillación y del sacrificio, que es el camino de Dios, opuesto a las ideas y pensamientos de los hombres.

Y este camino de la cruz, que es el camino de la luz, como dice un antiguo lema («Via crucis, via lucis»), es el que deben seguir, a imitación del Maestro, todos sus discípulos. Negarse a sí mismo, es renunciar a vivir para sí y aceptar la soberanía de Cristo, como Cristo aceptó la soberanía de Dios. Tomar la cruz, es recibir de buena voluntad los sufrimientos y pruebas que Dios ponga en nuestro camino. Seguir a Cristo, es aceptar sus ideales y su plan como nuestros. ¿Es duro el camino? En él se encuentra la verdadera vida del alma, la vida eterna.